

y un cesto de mimbres colgado en un palo. Nos detuvimos.

—¿El Rabí?—gritó el alto historiador, trasponiendo la cancela.

El esenio entregó á uno de los esclavos la cuerda y el cesto que estaba lleno de mirra y de hierbas aromáticas y quedó un momento ante nosotros, trémulo, sofocado, con la mano apoyada en el corazón para dominar su ansiedad. Por fin murmuró:

—¡Sufrió mucho! ¡Sufrió cuando le atravesaron las manos!... ¡Todavía sufrió más cuando le alzaron en la cruz!... ¡Al principio rechazó el vino de Misericordia que le daría la insensibilidad!... ¡El Rabí ansiaba entrar con el alma clara en la muerte por la cual había llamado!... Pero José de Ramatha y Nicodemo estaban allí vigilando. Ambos le recordaron las cosas prometidas una noche en Betania!... ¡Entonces el Rabí bebió!...

El esenio fijó en Topsisus los ojos relucientes, como para clavar en su alma una recomendación suprema y habló con grave lentitud:

Esta noche después de la cena, en el huerto de Gamaliel.

Y otra vez desapareció en la calle fresca, que orillaban los mirtos y los rosales. Topsisus abandonó pronto el camino de Joppé, para tomar por un atajo agreste, donde mi largo albornoz se prendía en los espinos. Mientras caminábamos, mi docto amigo me explicaba lo que era la Divina Misericordia: era un vino fuerte de Tharses, cocido con yerbas aromáticas y especias y servido por una cofradía de mujeres devotas para insensibilizar á los crucificados... Yo apenas escuchaba al sabio historiador de los Herodes. En lo alto de un cerro, cubierto de zarzas y peñascos, avistara, destacándose duramente en el claro azul del cielo, un grupo de gente que estaba inmóvil: en medio, alzábanse los extremos de tres maderos y se movían, brillando al sol, yelmos bruñidos de legionarios. Turbado, me apoyé en un peñasco que había á un lado del camino; pero viendo á Topsisus caminar

con la sabia serenidad de quien considera la muerte una purificadora liberación de las formas imperfectas, no quise ser menos fuerte ni menos espiritual. Me quité el albornoz que me ahogaba y subí intrépidamente á la colina.

De un lado, ahondábase el valle de Hinom, yermo lívido, sin una hierba, sin una sombra, manchado de huesos y de cenizas. Delante de nosotros el cerro mostraba la cumbre con manchas leprosas de tojo negro. El sendero donde nuestros pasos espantaban los lagartos, iba á perderse entre las ruinas de una cabaña hecha de adobes: dos abedules, más tristes que plantas crecidas en las grietas de un sepulcro, alzaban á uno y otro lado su ramaje áspero y sin flor donde cantaban las cigarras. En la sombra tenue, cuatro mujeres descalzas, desgredadas, con desgarrones de duelo en las túnicas pobres, lloraban como en un funeral.

Una, inmóvil, arrimada á un tronco, gemía sordamente bajo la punta del manto negro: otra, exhausta de lágrimas, estaba sentada en una piedra con la cabeza inclinada sobre las rodillas, y los espléndidos cabellos rubios y sueltos tocaban el suelo. Las otras dos deliberaban, arañadas, ensangrentadas, golpeándose desesperadamente el pecho: de tiempo en tiempo levantaban al cielo los brazos desnudos y clamaban mirando á la cumbre del cerro:

Y un perro, que parecía vagar perdido entre las ruinas, aullaba también siniestramente.

Despavorido, tiré de la capa al docto Topsisus y cortamos á campo traviesa hasta la cumbre donde se apiñaban siervos del Templo, vendedores de frutas y algunos sacerdotes miserables de los que viven de la ignorancia y de las limosnas. Delante de la blanca capa en que Topsisus se envolvía, se encorvaron murmurando serviles bendiciones dos cambislas, con monedas de oro pendientes de las orejas. Una cuerda de esparto, presa á postes clavados en el suelo para aislar las cruces, nos detuvo. En el lugar donde nosotros hicimos alto, hacía veces de poste un viejo olivo que tenía colgados de las

ramas escudos de legionarios y un manto bermejo. Ansioso, alcé los ojos hacia la cruz más alta, clavada con cuñas en la hendidura de un peñasco. El Rabí agonizaba. Aquel cuerpo que no era de mármol, ni de plata, y que jadeaba vivo, caliente, atado y clavado á un madero, con un paño viejo arrollado á la cintura, y un travesaño pasado entre las piernas, me llenó de terror y de espanto... La sangre que había manchado la madera nueva ennegrecía sus manos, coagulada en torno de los clavos: los pies casi tocaban el suelo, amarrados por una gruesa cuerda, rojos y torcidos de dolor. La cabeza, ora oscurecida por una onda de sangre, ora más lívida que un mármol, rodaba de un hombro á otro dulcemente; y por entre los cabellos enmarañados que el sudor empastara, los ojos agonizaban sumidos, apagados, pareciendo llevarse para siempre, con su luz, toda la luz y toda la esperanza de la tierra...

El centurión, sin manto, con los brazos cruzados sobre la coraza de escamas, rondaba gravemente al pie de la cruz del Rabí, clavando á veces los ojos duros en el grupo lleno de rumores y de risas que formaba la gente del Templo. Topsius me mostró, cercano á nosotros, un hombre cuya faz amarilla y triste casi desaparecía entre dos largos mechones de cabellos negros que le descendían sobre el pecho: abría y enrollaba con impaciencia un pergamino, ora expiando la marcha lenta del sol, ora hablando en voz baja con un esclavo que estaba á su lado.

—Es José de Ramatha—me dijo el docto historiador.—Acerquémonos á él: nos dirá cosas que conviene saber...

Pero en aquel instante, de entre el bando sordido de los siervos del Templo y de los sacerdotes miserables, partió un sordo rumor, como graznar de cuervos en la altura. Y uno de ellos, colosal y escualido, levantando los brazos hacia la cruz del Rabí, gritó entre una tufarada de vino:

—Tú que eras fuerte y querías destruir el Tem-

plo, ¿por qué no rompes ahora el palo de esa cruz?

En torno, estallaron risas brutales. Otro, con las manos sobre el pecho y encorvándose con infinito sarcasmo, saludaba al Rabí:

—¡Heredero de David! ¡Oh, mi príncipe! ¿Qué te parece ese trono?

—¡Hijo de Dios, llama á tu padre, á ver si tu padre te salva!—gritaba á mi lado un viejo, con toda la barba estremecida, apoyado en su bastón.

Nos acercamos á José de Ramatha, que se apartó bruscamente esquivando la inoportunidad del sabio Topsius. Ofendidos de su rudeza, nos quedamos al pie del olivo seco, frente á las cruces.

Los dos condenados habían vuelto de su primer desmayo bajo la fresca brisa de la tarde. El uno grueso, velludo, con el pecho hacia fuera, como si fuesen á estallar sus costillas en un desesperado esfuerzo para arrancarse del madero, ululaba sordamente: la sangre goteaba lenta de sus pies negros y de sus manos abiertas: abandonado, sin cariño y sin piedad que lo asistiesen, era como un lobo herido que aulla y muere en un jaral. El otro, delgado y rubio, pendía sin un gemido. Frente á él una mujer macilenta y vestida de harapos, apoyando á cada instante las rodillas sobre la cuerda, extendía hacia él sus brazos que sostenían un niño desnudo y gritaba ya ronca:

—¡Mira aún, mira aún!

Los párpados lívidos no se movían. Un negro que guardaba las herramientas de la crucifixión, iba empujándola con blandura: ella, muda, apretaba desesperadamente á su hijo para que no se lo llevasen también, batiendo los dientes y temblando toda; y el niño, entre los harapos, buscaba el seno escualido.

Algunos soldados sentados en el suelo, desdoblaron las túnicas de los suplicados. Abajo, en la polvareda del camino, bajo el sol apacible, pasaba la gente que volvía pacíficamente de los campos y de los huertos. Un viejo aguijoneaba sus vacas hacia la puerta de Genath. Mujeres, cantando, aca-

rreaban leña: un jinete trotaba, envuelto en un manto blanco. A veces, los que atravesaban el camino, ó volvían de las pomaredas de Gareb, al ver las cruces, subían á la colina lentamente. El rótulo de la cruz del Rabí, escrito en griego y en latín, causábase asombro: «Rey de los Judíos». ¿Quién era aquel hombre? Dos mancebos, patricios y saduceos con aretes de perlas en las orejas y bordados de oro en los borceguíes, interpellaron al centurión escandalizados. ¿Por qué escribe el Pretor: «Rey de los Judíos»? ¿Acaso aquel que estaba clavado en la cruz era Cayo Tiberio? ¡Sólo Tiberio era rey de Judea! El Pretor había querido ofender á Israel, pero, en verdad, sólo ultrajaba á César...



Impasible, el centurión hablaba á dos legionarios que removían la tierra con gruesas barras de hierro. Y la mujer que acompañaba á los saduceos, una romana menuda y morena, con cintas de púrpura en los cabellos empolvados de azul, contemplaba suavemente al Rabí y aspiraba su frasco de esencias, condolidada de aquel hombre joven, rey vencido, rey bárbaro, que moría en el suplicio de los esclavos. Cansado, fuí á sentarme con Topsius en una piedra. Era cerca de la octava hora judaica: el sol, sereno como un héroe que envejece, descendía hacia el mar por encima de las palmeras de Bethania. Delante de nosotros el Gareb verdeaba cubierto de jardines. Y allá en lo alto de la torre Híppica, que extendía ya su sombra sobre el valle de Hinom, algunos soldados de pie, sobre la barbacana, asestaban sus ballestas á los buitres que volaban en el azul.

Triste y aburrido, yo pensaba en el Egipto, en nuestras tiendas, en la bujía que, por olvido, dejara allí encendida, y en esto estaba cuando avisté subiendo á la colina lentamente, apoyado en el hombro del niño que le guiaba, un viejo con quien ya nos cruzáramos en el camino de Joppé, y que

llevaba una lira colgada de la cintura. Sus pasos se arrastraban más inciertos, en la fatiga de una jornada penosa: una gran tristeza abatía sobre su pecho la clara barba ondeante, y bajo el manto color de guinda que le cubría la cabeza, pendían mustias las hojas de su corona de laurel.

Topsius le gritó:

—¡Eh Rapsoda!

Y cuando él, tentando los brezos del camino se acercó, el docto historiador preguntóle si de las dulces Islas traía algún canto nuevo. El viejo alzó la faz entristecida y muy noblemente murmuró que una juventud imperecedera sonríe en los más antiguos cantos de Helenia. Después, habiendo apoyado las sandalias sobre una piedra, tomó la lira entre sus manos distraídas: el niño, derecho, con las pestañas bajas, puso la boca en una flauta de caña; y en el resplandor de la tarde que envolvía y doraba á Sión, el Rapsoda lanzó un canto ya trémulo, pero glorioso y henchido de adoración, como ante el ara de un templo, en una playa de Jonia... Yo adiviné que cantaba los Dioses y su belleza y su actividad heroica. Decía el Delfico, imberbe y color de oro... Pero súbitamente un grito llenó el espacio partiendo de lo alto de una colina: fué un grito supremo, arrebatado y libertador. Los dedos cansados del viejo enmudecieron sobre la lira helénica, desde aquel momento en adelante, y por largas edades, silenciosa é inútil. A su lado, el niño, apartando la flauta de sus labios, alzaba hacia las cruces negras los ojos claros, á donde parecía asomarse la curiosidad y la pasión de un mundo nuevo.

Topsius le preguntó al viejo su historia y él la refirió con amargura. Había llegado de Samos á Cesárea, y tocaba su lira, junto al Templo de Hércules. Pero la gente abandonaba el puro culto de los héroes; y sólo había acompañado á unos mercaderes hasta Tiberiades: los hombres allí no respetaban la vejez y tenían corazones mezquinos, parando en los puestos de los romanos donde los soldados le escuchaban: en las aldeas de Sama-

ría llamaba á las puertas de los lagares donde se pisaba la uva; y para ganarse el pan duro, había tocado la cítara griega en los funerales de los bárbaros. Ahora erraba allí, en aquella ciudad donde había un gran Templo y un dios feroz y sin forma que detestaba á los hombres. Su deseo era volver á Mileto, su patria, sentir el débil murmullo de las aguas del Meandro, y poder palpar los mármoles santos del Templo de Febo Didimeo, á donde, siendo niño, había llevado en un cesto y cantando los primeros rizos de sus cabellos...

Las lágrimas rodaban por su faz, tristes como la lluvia por un muro en ruinas. Yo sentí una gran piedad por aquel Rapsoda de las islas de Grecia, perdido también en la dura ciudad de los judíos. Le entregué mi última moneda de plata. El descendió la colina, apoyado en el hombro del niño, lento y encorvado, con la orla deshilachada de su manto enredándosele en las piernas desnudas, y muda y mal segura en el cinto, la lira heroica de las cinco cuerdas.

En tanto, alrededor de las cruces, creció un rumor de revuelta. La gente del Templo, con las manos en alto, mostrando el sol, que descendía como un escudo de oro hacia el mar de Tiro, intimaba al centurión para que bajase los condenados de la cruz antes de sonar la hora santa de Pascua. Los más devotos reclamaban que se aplicase á los crucificados el *crurifragio* romano, que brándoles los huesos con barras de hierro y arrojándolos al despeñadero de Hinom. La indiferencia del centurión exasperaba el celo piadoso. ¿Osaría aquel romano macular el Sabbath dejando un cuerpo muerto en el aire?

—¡El sol declina! ¡El sol va á dejar el Hebrón!— gritó de encima de una piedra un Levita aterrado.

—¡Rematadlos, rematadlos!

Y á nuestro lado un hermoso mancebo exclamaba revolviendo los ojos lánguidos y moviendo los brazos llenos de brazaletes de oro:

—¡Echad el Rabí á los cuervos! Dad á las aves de rapiña su Pascua.

El centurión, que miraba á lo alto de la torre Mariana, donde los escudos brillaban heridos por el sol poniente, hizo una señal con la espada. Dos legionarios, echándose pesadamente al hombro las barras de hierro, marcharon tras él, hacia las cruces. Yo, estremecido, agarré el brazo de Topsisius; pero enfrente del madero de Jesús, el centurión se detuvo alzando la mano...

El cuerpo blanco y fuerte del Rabí tenía la serenidad de la muerte: los pies, empolvados, que poco antes torcía el dolor, pendían ahora rectos hacia el suelo como si fuesen á pisarle en breve: el rostro no se veía, echado dulcemente hacia atrás sobre uno de los brazos de la cruz, vuelto hacia el cielo donde Jesús había puesto su deseo y su reino... Yo también miré al cielo: brillaba sin una sombra, sin una nube, liso, claro, muy alto, y lleno de impasibilidad...

—¿Quién reclama el cuerpo de este hombre?— gritó el Centurión murmurando á uno y á otro lado.

—¡Yo que le amé en vida!—exclamó acercándose José de Ramatha y extendiendo por encima de la cuerda su pergamino.

El esclavo que esperaba á su lado extendió entonces en el suelo la tela de lino y corrió hacia las ruinas de la cabaña donde las mujeres lloraban entre los abedules.

A nuestra espalda, fariseos y saduceos que se habían juntado comentaban, rencorosos, que José de Ramatha, un miembro del Sanhedrín, así solicitase el cuerpo del Rabí para perfumarle y honrarle con las flautas y planidos de un funeral... Uno de ellos, con deshilachadas melenas, brillantes de aceite, afirmaba que siempre le había conocido inclinado hacia todos los innovadores y hacia todos los sediciosos... Más de una vez había visto hablar con el Rabí cerca de los campos de los Tintoreros... Con ellos estaba Nicodemus, hombre rico, con ganados, con viñas, dueño de todas las casas de la Sinagoga de Cirenaica.

Otro, rubicundo y grasiento, gimió:

—¿Qué será de la nación si los más respetados

se juntan con los que adulan al pobre, y le enseñan que los frutos de la tierra deben ser por igual para todos?

—¡Raza de Mesías!—gritó el más joven con furia dando con el bastón en los brazos.—¡Raza de Mesías, perdición de Israel!

Pero el saduceo de melenas aceitosas alzó lentamente la mano ligada en tiras sagradas:

—¡Sosegad; Jehová es grande y todo cuanto sucede en la tierra es para su gloria!... En el Templo y en el Consejo, no faltarán jamás hombres fuertes que mantengan la fuerza de la Ley; y felizmente, encima de los calvarios, siempre han de levantarse cruces...

Todos murmuraron:

—¡Amén!

En tanto el centurión con los soldados detrás marchaba hacia los otros maderos donde los condenados, vivos y llenos de agonía, pedían agua: uno, inmóvil y gimiente; otro, con las manos rasgadas, rugiendo terriblemente. Topsius, que sonreía lleno de frialdad, murmuró:

—Ya es tiempo: vamos.

Con los ojos llenos de lágrimas, tropezando en las piedras, descendí al lado del profundo crítico la colina de la Inmolación. Yo sentía una densa melancolía entenebrececer mi alma al pensar en aquellas cruces que habían de levantarse siempre como anunciaba el judío de la guedeja aceitosa... ¡Oh, dura miseria, así sería! Sí, por todos los siglos de los siglos veríase siempre en torno de la leña de las hogueras, en la frialdad de las mazmorras y ante la escalera de las horcas, aquel afrentoso escándalo de juntarse Sacerdotes, Patricios, Magistrados, Soldados, Doctores y Mercaderes para sacrificar ferozmente al justo que, penetrado del esplendor de Dios, enseñase la Adoración en Espíritu ó al que lleno de amor hacia los hombres, proclamase el Reino de la Igualdad.

Con tales pensamientos, volví á Jerusalem, mientras las aves, más felices que los hombres, cantaban en los cedros del Gareb...



Había obscurecido y era la hora de la Cena pascual cuando llegamos á casa de Gamaliel. En la sala azul, con techumbre de cedro, el austero doctor ya nos aguardaba, tendido en el diván de correas blancas, con los pies desnudos y las luengas mangas levantadas hasta los hombros. A su lado había un bordón de viaje, y una calabaza de agua, emblemas rituales de la salida de Egipto. En frente alzabase un candelero en forma de arbusto, que tenía en cada brazo una pálida llama azul. Con los ojos perdidos en aquel brillo trémulo y las manos cruzadas en el vientre, Eliezer, el benigno *Doctor de la Tripa*, sonreía beatíficamente recostado en almohadones de cuero bermejo. Junto á él dos escabeles, cubiertos con tapices de Asiria, esperaban por mí y por el sagaz historiador.

—Sed bienvenidos,—murmuró Gamaliel.—Grandes son las maravillas de Sión! Debéis venir hambrientos!

Batió levemente las palmas. Dos esclavos, caminando sin ruido, en la punta de sus sandalias de fieltro, entraron alzando muy alto los grandes platos de cobre que humeaban. A un lado teníamos para limpiar los dedos un bollo de harina blanco, fino y blando como un paño de lino; del otro un plato largo, con cerco de perlas, donde negreaba un montón de cigarras fritas; en el suelo jarras con agua de rosas. Cumplimos las abluciones; y Gamaliel murmuró la oración ritual sobre la gran fuente de plata donde el cabrito asado humeaba. Topsius, gran sabedor de las maneras orientales engulló fuertemente por cortesía, demostrando apetito y deleite: después, con una hebra de carne entre los dedos, afirmó sonriendo á los doctores que Jerusalem le parecía magnífica, hermosa de claridad y bendita entre las ciudades.

Eliezer de Silo murmuró con los ojos cerrados de gozo, como si nos acariciasen:

—Es una joya mejor que el diamante, y el Señor

la engastó en el centro de la tierra para que irradiase igualmente su brillo en derredor.

—¿En el centro de la tierra?—murmuró el historiador con docto espanto.

—Sí.

Y empapando un pedazo de bollo en la salsa, el profundo físico nos explicó que la tierra era chata y más redonda que un disco: en el medio, estaba Jerusalem la Santa, como un corazón lleno de amor hacia el Altísimo; en redor, la Judea, rica en bálsamos y palmeras, cercada de sombras y de aromas; después los paganos, en regiones duras, donde ni la miel ni la leche abundan; después, los mares tenebrosos... y por encima el cielo sonoro y sólido.

—¿Sólido?—balbuceó mi sabio amigo.

Los esclavos servían en tazas de plata cerveza amarilla de la Media. Con solicitud Gamaliel me aconsejó que, para avivarle el sabor, trincase una cigarra frita. El Rabí Eliezer, sabio entre todos en las cosas de la naturaleza, revelaba á Topsisius la divina construcción del cielo.

El cielo está formado por siete duros, maravillosos y rutilantes fanales de cristal; por encima de ellos, rodaban constantemente las grandes aguas; sobre las aguas fluctuaba, en un fulgor, el espíritu de Jehová... Aquellos fanales de cristal, agujereados como una criba, resbalaban unos sobre los otros con una música dulce y lenta, que los profetas más queridos habían oído á veces... El mismo, una noche que oraba en el huerto de su casa, en Silo, escuchará, por un raro favor del Altísimo aquella armonía, tan penetrante y suave, que las lágrimas, una á una, le caían en las manos abiertas... Ahora, en los meses de Kisleu y de Tebeth, los agujeros de los fanales coinciden y por eso caen sobre la tierra las gotas de agua eternas que hacen crecer las siembras.

—¿La lluvia?—preguntó Topsisius con acatamiento.

—¡La lluvia!—respondió Eliezec con serenidad. Topsisius, disimulando una sonrisa, alzó hacia Ga-

maliel sus anteojos de oro que brillaban con sana ironía pero el piadoso hijo de Simeón conservaba en el rostro, enflaquecido en el estudio de la Ley, una serenidad impenetrable. Entonces, el historiador, tomándose una aceituna, deseó saber del esclarecido físico por qué tenían los cristales del cielo ese color azul que eleva el alma...

Eliezer de Silo se lo explicó:

—Una gran montaña azul, invisible hasta hoy á los hombres, se alza allá á Occidente: cuando le da el sol, su reverberación baña el cristal del cielo. ¡Tal vez en esa montaña es donde habitan las almas de los justos!...

Gamaliel tosió blandamente y murmuró:

—Bebamos en alabanza del Señor.

Alzó una taza llena de vino de Sichem, recitó sobre ella la fórmula de una bendición y me la pasó llamando la paz sobre mi corazón. Yo murmuré:

—A mi salud y por muchos años.

Y Topsisius, recibiendo la taza con veneración, bebió:

—A la prosperidad de Israel, á su fuerza, á su sabiduría.

Después, los siervos, precedidos por un hombre obeso, de túnica amarilla, que hacía resonar pomposamente sobre las losas su vara de marfil, trajeron el más devoto manjar de Pascua; las hierbas amargas. Gamaliel las probó solemnemente como cumpliendo un rito. Representaban las amarguras de Israel en el cautiverio de Egipto. Eliezer las declaró fortificadoras y llenas de una alta lección espiritual. Después, el sabio físico se atiborró de miel de Hebrón; y me obligó á mí á que también la tomase en abundancia. Con la boca llena, se extrañó que hubiese elegido los alrededores de Sióon tan secos y desolados, para dar un paseo. Más suave me hubiera sido la fragancia de Siloh...

—¡Fuí á ver á Jesús!—le interrumpí severamente.—Fuí á ver á Jesús, crucificado esta tarde por mandato del Sanhedrin.

Eliezer, con oriental cortesía, se golpeó el pecho demostrando sentimiento. Luego quiso saber si pertenecía á mi sangre, ó si había partido conmigo el pan de la alianza, aquel Rabí á quien fuera á ver en su muerte de esclavo.

Le miré sorprendido.

—Es el Mesías.

Y él, más sorprendido que yo, quedó con la boca abierta y un hilo de miel pegado á la barba.

¡Oh rareza! Eliezer, doctor del Templo, físico del Sanhedrín, no conocía á Jesús de Galilea. Me confesó que atareado con los enfermos que durante la Pascua invaden Jerusalem no había ido aquellos días ni al Xistus, ni á la tienda del perfumista Cleos, ni al huerto de Hannán donde las noticias vuelan más numerosas que las palomas: por eso nada había oído de la aparición de un Mesías...

Por lo demás, añadió, no podía ser el Mesías. Ese debería llamarse *Manahem* «El Consolador» porque traería el consuelo á Israel. Habría dos Mesías: el primero, de la tribu de José, sería vencido por Gog; el segundo, hijo de David y lleno de fuerza, vencería á Magog. Antes de nacer él, comenzarían siete años de maravillas: habría mares evaporados, estrellas desprendidas del cielo y tal abundancia que hasta las peñas darían fruto: en el último año correría sangre entre las naciones: al fin resonaría una voz portentosa, y sobre el Hebrón, con una espada de fuego, surgiría el Mesías.

Decía estas cosas peregrinas mientras pelaba un higo. Después añadió, exhalando un suspiro:

—Por ahora, hijo mío, ninguna de esas maravillas anunció el consuelo de Israel.

Y clavó los dientes en el higo.

Entonces fui yo, Teodorico, ibero, de un remoto municipio romano, quien conté á un físico de Jerusalem, criado entre los mármoles del Templo, la vida del Señor. Le referí las cosas dulces y las cosas fuertes: las tres estrellas sobre su cuna; su palabra amansando las aguas de Galilea; el

corazón de los humildes palpitando por él; el Reino del Cielo que prometía, y su faz augusta brillando ante el Pretor de Roma...

—Después los Padres, los Patricios y los Ricos le crucificaron.

El doctor Eliezer, revolviendo en el azafate de higos, buscando los más maduros, murmuró pensativo:

—¡Es triste, es triste: es triste todo eso!... Todavía, hijo mío, el Sanhedrín es misericordioso. En siete años, desde que lo sirvo, apenas ha lanzado tres sentencias de muerte... Sí, ciertamente el mundo necesita escuchar una palabra de amor y de justicia; ¡pero Israel tiene sufrido tanto con los innovadores, con los profetas!... En fin, nunca debería derramar la sangre del hombre... Y por cierto que estos hijos de Betfagé no pueden compararse con los míos de Silo.

En aquel instante el docto Topsius que debatía con Gamaliel el helenismo y las escuelas socráticas, irguiéndose, con los anteojos en la punta de la nariz, lanzó este resumen luminoso:

—Sócrates es la semilla; Platón, la flor; Aristóteles el fruto... Y de este árbol se ha nutrido el espíritu humano.

Pero Gamaliel se levantó súbitamente; Eliezer también. Ambos tomaron los cayados; ambos gritaron:

—¡Aleluya!... ¡Loemos al Señor que nos sacó de la tierra de Egipto!

Terminaba la Cena pascual. El esclarecido historiador miró el reloj y pidió permiso á Gamaliel para subir á la terraza y refrescar su emoción en el aire tibio de Ofel... El doctor de la ley nos condujo hasta la balaustrada iluminada pálidamente: llamó sobre nosotros la gracia del Señor y penetró con Eliezer en un aposento cerrado por cortinas de Mesopotamia, del cual no tardó en salir un suavísimo aroma, mezclado con débil rumor de risas y sonos lentos de lira.

El aire en la terraza era tibio y fragante. ¡La alegría reinaba aquella noche de Pascua en Jerusa-

lem! En el cielo mudo, cerrado, como un palacio donde hay luto, ningún astro brillaba; pero la ciudad, con sus iluminaciones rituales, parecía salpicada de oro. En la pared oscura de algunas casas, relucían hilos de luces como collar de joyas en el pescuezo de una negra. Traía el aire los sonos de las flautas y la doliente vibración de las cuerdas del konnor; en las calles, iluminadas por grandes fogatas de leña, veíamos flotar las túnicas cortas de los griegos, danzando la «calábita». Solamente las torres que parecían más altas en la noche, la Hippica, la Mariana y la Farsala, se conservaban oscuras; el mugido de sus bocinas pasaba de tiempo en tiempo, ronco y mudo, como una amenaza, sobre la santa ciudad de fiesta.

Todavía más allá de murallas continuaba el júbilo de la noche pascual. Había luces en Siloeh. En los aduares, sobre el monte de los Olivos, ardían fuegos claros; é hileras de antorchas humeaban por los caminos, por entre un rumor de cantares.

Tan sólo una colina, más allá de Gareb, permanecía en tinieblas. En aquella hora alboreaban entre un peñascal dos cuerpos despedazados, donde los picos de los buitres, con un ruido seco de hierros entrechocados, hacían su Cena pascual. Al menos otro cuerpo, preciosa envoltura de un espíritu perfecto, yacía resguardado en un sepulcro nuevo, envuelto en lino fino, ungido, perfumado de canela y de nardo. Así le habían dejado en aquella noche más santa de Israel aquellos que le amaban y que desde entonces para siempre jamás le amarían entrañablemente... Así le habían dejado con una losa encima. Ahora, entre las casas de Jerusalem, llenas de luces y llenas de cantos, también había alguna, oscura y cerrada, donde corrían lágrimas sin consuelo. Allí el hogar estaba apagado y frío; la lámpara triste agonizaba: en el cántaro no había agua porque nadie fuera á la fuente; y sentadas en la estera, con los cabellos caídos, aquellas que le habían seguido desde Galilea hablaban de él, de las primeras esperanzas, de las parábolas

contadas por entre los trigales, de los tiempos suaves en la ribera del lago.

Así pensaba yo, reclinado sobre la baranda, mirando á Jerusalem, cuando en la terraza surgió sin rumor una forma envuelta en alba túnica de lino extendiendo un aroma de canela y de nardo. Parecióme que irradiaba una claridad y que sus pies no pisaban las losas. Mi corazón tembló de miedo. Mas de entre el blanco ropaje una bendición salió, grave y familiar.

—¡Que la paz sea con vosotros!

¡Ah, qué alivio! Era Gad.

—¡Que la paz sea contigo!

El esenio, callado, se detuvo ante nosotros. Yo, veía que sus ojos intentaban llegar al fondo de mi alma para sondear su grandeza y fuerza. Por fin murmuró, inmóvil como una imagen tumular en sus vestiduras blancas:

—La luna va á nacer... Todas las cosas esperadas se están cumpliendo... ¡Ahora, decid! ¿Sentís el corazón fuerte para acompañar á Jesús y guardarlo hasta el oasis de Engaddi?

Me incorporé estirando con terror los brazos en el aire. ¡Acompañar al Rabí! ¿No yacía, pues, muerto, ligado y perfumado, bajo una piedra, en un huerto del Gareb? ¡Vivía! ¡Al nacer de la luna, entre sus amigos, iba á partir para Engaddi! Agarré ansiosamente el hombro de Topsisus, amparándome á su saber fuerte y á su autoridad.

Mi docto amigo parecía envuelto en una pesada incertidumbre.

—Sí, tal vez... Nuestro corazón es fuerte; pero... Además, no tenemos armas.

—¡Venid conmigo!—insistió Gad ardentemente.— Pasaremos por casa de alguien que nos dirá las cosas que nos conviene saber y que os dará armas...

Aun trémulo, sin desasirme del sapiente historiador, osé balbucir:

—¿Y Jesús, dónde está?

—En casa de José de Ramatha—respondió el esenio dirigiendo en derredor una mirada inquisidora como el avaro que habla de algún tesoro.—Para